



AÑO I

← BARCELONA 6 DE AGOSTO DE 1882 →

NUM. 32



EDIPO Y ANTIGONA, copia de un cuadro de E. Teschendorff

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS.—LA MORAL DE LA HISTORIA.—LA RIFA DEL BESO, por Benito Mas y Prat.—EL HACENDADO Y EL PERRO, por Félix Rey.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—EDIPO Y ANTIGONA, cuadro de Emilio Teschendorff.—LA CONSAGRACION A LA VIRGEN, por Schmid.—ESCENA DOMÉSTICA DE LOS TIEMPOS CLÁSICOS, por Amós Cassioli.—EL ÁNGEL DE LOS NAUFRAGOS, por Carlos Sterrer.—DELICIAS MATE-
TERNAS, grupo en mármol, por Ambrosio Borghi.—ORILLAS DEL LAGO WORTHER, paisaje, por J. J. Kirchner.—Lámina suelta.—ORILLAS DEL MOSELA.

LA SEMANA EN EL CARTEL

La realidad hállase en estos momentos circunscrita á la arena de los circos: los gimnastas y las amazonas, los clowns y los funámbulos, los atletas y los hombres-monos, los equilibristas y los jockeys, toda esa caterva de artistas *sui generis* que con sus brincos y dislocaciones, con sus muecas y sus farsas, con el poderío de sus hercúleos brazos ó de sus formidables dientes, gáñanse su pan cotidiano, forman el cortejo obligado de la estacion ardiente.

¿Por qué será, me he preguntado distintas veces, por lo que esos violentos ejercicios predominan precisamente durante la temporada del año ménos á propósito para la fatiga? ¿Si habremos de confesar que el hombre, por un malévolo instinto, acoge con preferencia todo lo anómalo, todo lo irregular, todo lo que es incómodo y difícil.... para los demás!

Debo confesar que me obliga á comenzar de esta suerte mi semanal revista escénica, la carestía absoluta de acontecimientos. El teatro en estos tiempos sólo puede compararse á un agostado desierto, sin un árbol, sin una flor, sin un tallo siquiera.

Tan sólo se columbra un oasis deleitoso allí en Bayreuth, la tierra santa de la música del porvenir. ¿Hé de hablar de la octava produccion de Wagner, de *Parsifal*, el caballeresco padre de *Lohengrin*, que musicalmente ha nacido despues de su hijo; pero que no por esto vivirá ménos que la que hasta ahora era considerada como obra maestra del famoso innovador? No: un testigo presencial de este acontecimiento, más inteligente que el que estas líneas escribe, satisfará la curiosidad de los lectores de la ILUSTRACION ARTÍSTICA.

Cúmpleme sólo manifestar que la obra se ha representado ante un público excepcionalmente selecto, formado de todas las ilustraciones del mundo musical, y que la representacion ha sido un inmenso triunfo por todos reconocido.

¿Se quiere una opinion ilustrada? Pues ahí va una carta de Liszt al director del periódico *Bayreuther Blätter*, que es tan concisa como expresiva:

«Estimado baron: Durante y despues del estreno del *Parsifal* de Wagner, se concibe una impresion general que sólo me es dado traducir en una frase: nada se puede decir de esta obra milagrosa. ¡Sí! Los que la oyen enmudecen, y su sagrado péndulo oscila entre lo sublime y lo más sublime. Su afectísimo servidor,

FRANZ LISZT.»

Liszt ha escrito una palabra, que con todo y significar el colmo del encomio, debe ser muy justa, á juzgar por los efectos que *Parsifal* ha producido. Milagrosa debe ser esta obra, cuando un periódico de Paris, *L'Événement*, implacable enemigo del maestro germánico hasta el punto de acoger con sangrientas chanzas la simple noticia del estreno de esta produccion, despues de verla se rinde á la evidencia, y en un atinadísimo análisis, escribe párrafos como el siguiente:

«Es una obra de arte superior y sólo podía concebirla un genio poderoso, atrevido y original. Sus amplitudes están sabiamente disimuladas bajo un bordado armónico é instrumental de una riqueza y una variedad tan maravillosas, que el interés no languidece un sólo instante. Por último, la diversidad de las situaciones y de los caracteres, agrupados en tres grandes divisiones, dan al espectáculo excepcional atractivo. Predomina en el acto primero la nota mística, la fantástica en el segundo y campea en el último el tono trágico, templado por la deliciosa pastoral del protagonista, y el drama resuélvese armoniosamente en la reproduccion de la gran ceremonia religiosa, dejando por impresion final la del carácter místico de la obra.»

Milagro es, y no pequeño, en estos tiempos el desusado sacrificio de una pasion ciega, al culto de la verdad.

El gobierno italiano dispónese á organizar una compañía dramática compuesta de grandes notabilidades que residirá permanentemente en Roma, á imitacion del *Teatro francés*, instituido con el apoyo moral y pecuniario del gobierno de la vecina República. No hay para qué decir cuánto ganará el arte con la *Compagnia drammatica stabile*, elevada á la más alta jerarquía de institucion nacional.

Un maestro italiano, llamado Giribaldi, ha escogido el *Teatro Solis* de Montevideo para el estreno de su nueva ópera *Yole di Svevia*, que ha alcanzado un éxito completo. Con idéntica fortuna se ha estrenado en Pisa un hermoso cuadro dramático titulado *Barba Andrea*, original del poeta Giovanni Baresa.

Ha alcanzado ruidosas y brillantes ovaciones, primero

en Bélgica y luégo en Suecia y Noruega, la señorita Dyna, aventajada cantante, á quien llaman la Patti-coja, por serlo de nacimiento y rivalizar con la famosa *díva* en dotes vocales y en talento.

Despues de su triunfante excursion por los países del Norte, es esperada nuevamente en Bruselas por sus apasionados admiradores del Waux-Hall.

Ya que las realidades artísticas escasean, abramos plaza á las esperanzas. Autores y empresarios aprovechan la tregua veraniega, preparándose para la próxima campaña.

La Opera de Berlin abrirá sus puertas el 15 del corriente con el *Raimondin* de Carlos de Perfall, al cual sucederá *Gudrun*, ópera romántica de Klughardt.

En el *Teatro imperial* de San Petersburgo estrenaráse *El prisionero del Cáucaso* del compositor ruso César Cui. El de La Haya sacará á luz la nueva ópera cómica *D. Spavento*, música del compositor parisiense M. Delehelle; en el *Casino* de Niza se estrenará una ópera de asunto español *El Alcalde de Zalamea*, compuesta por Benjamin Godard; Scarlatti, que ha tomado la *Scala* de Milan, pondrá, segun parece, dos grandes bailes del reputado Manzotti, intitulados respectivamente: *La Divina commedia* y *Roma attraverso i secoli*, ó séase una exposicion histórica de las glorias de la ciudad eterna, desde los tiempos de Rómulo y Remo hasta Victor Manuel.

Como es natural, Paris no se queda en zaga en el camino de los preparativos. En la Opera se estrenará *Enrique VIII* de Saint Saëns; en la *Opera cómica* son muchas las obras en escabeche: *Lackmé*, de Delibes, con la cual debe inaugurarse la temporada; *Joli Gilles* de Poise, y sobre todo *Manon Lescaut* de Massenet, el aclamado autor del *Rey de Lahore* y *Herodías*, ávido de tentar fortuna con el cultivo de la ópera cómica.

Planquette, el popular compositor de *Les cloches de Corneville*, ha terminado una nueva partitura titulada *Le Marquis de Tonneau* destinada á las *Folies Dramatiques*; Rubinstein, el inspirado concertista, ha presentado á la empresa de la *Renaissance* una opereta que lleva el título de *L'ecole des pages*; y hasta Emilio Zola, el pontífice del naturalismo, dispónese á ofrecer á sus admiradores una reduccion dramática de su novela *La Curée* (La ralea), cuyo papel principal ha sido escrito expreso para la Sarah Bernhardt, prestando con ello ocasion á la gran artista de revelar una nueva faz de su talento dramático.

Pero no todo son glorias para la temporada próxima. Hay un gran número de teatros, de no escasa importancia, condenados á cierre forzoso, sin duda por las cada día más desmesuradas exigencias de los artistas, ó por otras circunstancias análogas. Cuéntase por ahora en este número el *Fenice* de Venecia, el *Carlo Felice* de Génova, el *Pergola* de Florencia, el *Municipale* de Módena y el *Comunale* de Trieste. En América quedarán cerrados los teatros de la Habana, Caracas y México; en Egipto los del Cairo y Alejandría, y el de Odessa en Rusia. Nuestra península lleva también su contingente, contando entre los teatros que no se abrirán, el *Liceo* de Barcelona, el de Palma de Mallorca y el de Oporto.

¡Los cantantes son cada vez más exigentes, y al paso que vamos, una buena voz no está ya al alcance de todas las fortunas!

¿Qué es lo que no puede ponerse en música?

Esto me preguntaba al leer en un periódico alemán que un compositor de aquel país ha tenido la rara ocurrencia de poner en solfa nada ménos que el rescripto del emperador Guillermo publicado á principios de este año, en el cual declaraba el egregio monarca su inquebrantable resolucion de mantener sus derechos soberanos á la direccion de la política prusiana.

El periódico que esta noticia publica, exclama: — ¡El patriotismo en *ut* mayor!

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EDIPO Y ANTIGONA, cuadro de Emilio Teschendorff

Las interesantes figuras de Edipo y Antígona, á las que infundió eterna vida el más eminente de los trágicos griegos, han inspirado la composicion de Teschendorff. El anciano Edipo, agobiado por los dolores, ciego y abandonado, lleva impresa en su frente meditación, y abatida, el peso terrible de un destino implacable, mientras que la hermosa Antígona, poética personificación del amor filial, ofrece la belleza pura y radiosa de la mujer griega, realizada por cierto melancólico tinte. En ambas se reflejan los terribles contrastes á que daban lugar en la tragedia griega los fallos del destino. Y ¡cuán bien ha sabido interpretarlas el artista! La sencillez, la majestuosa severidad y la clásica hermosura de estas dos figuras revelan desde luégo en su autor el sentido íntimo del asunto y el talento con que ha sabido concebirle.

LA CONSAGRACION A LA VIRGEN, por Schmid

¿En qué consiste que las madres ponen á sus tiernos infantes bajo la proteccion de la Virgen con preferencia á la del divino Hijo? La teología nos dará varias razones científicas; mas para nosotros existe, además, una razon práctica; y es que la Virgen es madre, y las madres se entienden mejor con otra madre. Los campesinos italianos llevan esta preferencia hasta su último límite: la es-

cena representada en este cuadro se repite con suma frecuencia en los risueños campos que se extienden desde los Alpes hasta el Adriático. A menudo el padre de la criatura es uno de tantos bandoleros que infestan las Marcas y la Umbria; no es imposible que el inocente vástago sea fruto de union poco moral.... No importa; razon de más para que la Madona intervenga; ella alejará al hijo del camino emprendido por su padre, ella desviará la bala del carabnero que amenaza con la orfandad al tierno infante. Los partidarios de la razon fria pierden el tiempo: cuando convencieran á todos los hombres, quedarían por convencer todas las mujeres. El culto de María no desaparecerá de la tierra mientras previamente no desaparezcan todas las madres.

Escena doméstica de los tiempos clásicos, por Amós Cassioli

La escena de este cuadro lo mismo pudiera tener lugar en los tiempos clásicos que en nuestros tiempos. Una madre cariñosa juega con sus hijos á quienes entretiene con unas cuantas cerezas. Cualquiera madre que en vez de vestir clámide y calzar sandalias, vistiera bata con cola y calzara zapatito de charol descotado, está en el caso de hacer otro tanto, sin que por esto se confunda con la madre de los Gracos. Y sin embargo, el cuadro de Cassioli tiene algo que sabe á costumbres de la antigüedad, algo que nos hace pensar en Pompeya, algo que corresponde perfectamente á la idea que tenemos formada de los tiempos clásicos. En el contorno de esa mujer hay verdaderas reminiscencias de la estatua griega y romana. Sustituamos el hilo que sostiene por una lanza y el puñado de cerezas por una figurita de mujer armada, y tendremos casi una copia de la famosa estatua de la Victoria. El tipo de los niños es quizás ménos clásico; pero en cambio el fondo del cuadro está en carácter y revela en el autor perfecto conocimiento del decorado mural antiguo, de que por fortuna se pueden examinar muchos y buenos ejemplares en la patria de nuestro distinguido artista.

EL ÁNGEL DE LOS NAUFRAGOS, por Carlos Sterrer

El día en que se suprimiese toda idea religiosa, si esto fuera posible, y el grosero materialismo sustituyese al idealismo, que es el único refugio de las almas verdaderamente fuertes y positivamente libres, la muerte súbita de las bellas artes anunciaría de muy cerca la muerte de la sociedad. El realismo absoluto no puede conducir ni á lo bello ni á lo bueno; es el hombre entregado á sí mismo, ó sea abandonado sin freno al goce del placer material del día, de la hora, del minuto presente. Ninguna esperanza en la desgracia, ninguna apelacion al porvenir; el egoismo de presente y en lo futuro el caos, el vacío, la nada espantosa y desconsoladora. En semejantes condiciones buscad fuentes de inspiracion para el artista; hallad la manera de producir un grupo tan conmovedor como el de este grabado.... Trabajo inútil: el materialismo producirá vil materia; el arte necesita volar á las regiones de lo infinito; el mundo perecedero es demasiado estrecho para el genio. Este es, ni más ni ménos, el punto de partida de nuestro criterio artístico.

DELICIAS MATE-
TERNAS, grupo en mármol, por Ambrosio Borghi

Una jóven madre recibiendo las caricias de su hijuelo al abrir este los ojos á la luz del nuevo día: hé aquí el asunto en que se ha inspirado el artista, [asunto sencillo, pero de delicadeza infinita]; poco nuevo, pero siempre conmovedor, sobre todo para las madres, dignas del nombre de tales, que consagrando todos sus desvelos, toda su solicitud al cuidado de sus hijos durante su infancia y su niñez, sienten las inefables delicias, los santos goces que la maternidad proporciona, al recibir los ósculos purísimos é inocentes de esos pedazos de sus entrañas, que si no saben aún lo que debe ser la gratitud, la demuestran instintivamente con sus caricias.

El artista ha sabido salir airoso de su empeño, y al contemplar esa cuna donde madre é hijo están sentados, olvidados del mundo y de sus falaces afectos, ante esa cuna que es un verdadero nido de amor, se contiene el aliento por temor de ahuyentar las candidas palomas que lo habitan, ó de profanar el confiado abandono en que, léjos de toda mirada profana, madre é hijo se confunden en un beso.

ORILLAS DEL LAGO WORTHER, paisaje por J. J. Kirchner

Respira este cuadro plácida calma, esa calma peculiar de los lagos, calmosos mares en miniatura. El de Worther no es romántico como el de los Cuatro Cantones, ni tan pintoresco como el Lemán; pero aún así es agradable, y cualquiera daría algo bueno por pasar los tres meses de estío en esa deliciosa morada, cuyos jardines penetran agua adentro, cual si surgieran de ella.

ORILLAS DEL MOSELA, por C. Gausse

El Mosela es un rio de pintorescas márgenes, célebre en la historia de Alemania y con frecuencia disputado por famosos conquistadores: el viajero que las contempla desde la vía férrea de Tréveris á Coblenza queda agradablemente sorprendido ante el hermoso panorama que se despliega á su vista: imponentes y ruinosos castillos coronan las inmediatas eminencias reflejados por las limpidas aguas del rio, y hermosos caseríos y pintorescos

pueblecillos destacan entre frondosas arboledas. Los atractivos del poético valle del Mosela fueron apreciados ya por los romanos; y los restos de construcciones de aquella época juntamente con las fábricas levantadas por el feudalismo atestiguan la importancia histórica de este hermoso país. Bernkastel es una reducida ciudad asentada en las márgenes del río, con un castillo cuyo origen se remonta á los galos; Weldenz tiene en sus inmediaciones unas ruinas visitadas con preferencia por los viajeros; Enkirch es una población que conserva el típico carácter de otra edad; Beilstein refleja en las aguas su reducido caserío, sin encerrar cosa alguna notable; Kochem se halla oculta por frondosas arboledas y dominada por una antigua fortaleza feudal; y por fin Marienburgo es la ciudad más notable y hermosa de las que retrata en sus aguas el Mosela.

LA MORAL DE LA HISTORIA

Un ciudadano opulento quiso burlarse del filósofo Sadi preguntándole en qué consistía que siempre se hallaban sabios en la antecámara de los ricos y nunca se hallaban ricos en la antecámara de los sabios.

—Es muy sencillo,—respondió el filósofo,—consiste en que los sabios saben lo que puede el dinero y los ricos ignoran lo que vale el talento.

* *

Un príncipe italiano que tenía la maldita gracia de indisponerse con cuantos le rodeaban, hallábase cierto día asomado á un balcon de palacio en compañía de cierto embajador poco amigo de impertinencias. Quiso el rey humillarle, y sin venir al caso le dijo:

—Uno de mis antepasados arrojó á un embajador desde este balcon á la calle.

—Eso sería—contestó el diplomático sin inmutarse—porque los embajadores de entónces probablemente no llevaban espada al cinto.

* *

Preguntaron en una ocasion á una discreta señorita en qué consistía la opulencia:

—Es, respondió muy oportunamente, una de las ventajas que un necio puede tener sobre un hombre de valía.

* *

Un amigo de cierto personaje célebre, le decía contemplando su jardín:

—Veo que aquí se prefiere lo útil á lo agradable.

—¿Hay algo más agradable que lo útil? contestó el personaje.

LA RIFA DEL BESO

I

La locomotora, ese monstruo de cien anillos de la civilización, que lo mismo salva abismos que horada montañas, va devorando con sus encendidas fauces las costumbres de los pueblos y fundiéndolas en sus calderas, á la manera de una bruja moderna que preparara un gigantesco pisto de ciudades, en el que hubiese de volver á formarse el único idioma.

Los grandes centros se parecen unos á otros, el mar viviente busca por todas partes su nivel, y de la misma manera podreis encontrar la *cocotte* del boulevard en la Puerta del Sol de Madrid, que la ramillettera del Arno en las riberas del santo río de Colonia.

Los tipos pasan, las costumbres palidecen, el carácter propio de cada localidad sufre cotidianas alteraciones y lo que, en los siglos de la litera y de la linterna, se estacionaba, acomodaba y pasaba á la categoría de cosa ó de particularidad, en el siglo del vapor, es sólo, *relámpago súbito brillante*.

Hé aquí porqué se comprenden las fotografías instantáneas y las tarjetas al minuto; hé aquí porqué Zola y sus imitadores copian de prisa lo que ven, ora se ilumine con la roja luz de la tea, ora con la de la tibia luna, ya ocupe el fondo del cuadro el ala negra de Satán ó las blancas alas del ángel del sueño.

Preciso es fijar esas costumbres que pasan, y esta es la empresa encomendada al articulista y al pintor de género. El uno puede llenar sus cuartillas á vuela pluma y el otro manchar sus vitelas en pocos momentos.

Estamos pues en el uso de nuestras funciones.

II

La rifa del beso es una costumbre andaluza que acaso ha desaparecido ya, y que sólo conocen los que han estudiado á nuestro pueblo soñador y pendenciero en su vida íntima y religiosa.

Para darse cuenta de su existencia, preciso es visitar, áun cuando sea imaginariamente, las lejanas tierras en donde el sol nace, y estudiar el problema de la personalidad de la mujer en el decantado país de las pagodas y de las aparas.

El brahman y la vírgen, el templo y la Eva in-

dia, han estado en tan íntima relacion que áun hoy se subastan las bayaderas ó sacerdotisas de Brahma en provecho de la pagoda, teniéndolo algunas castas por notable y honroso privilegio.

En las fiestas del buen Visnú y del malévolo Siva, una reunion de hermosas vírgenes veladas tan sólo por el blanco cendal ó la ancha faja de cachemira, mostrábanse, y se muestran aún, como estatuas de marfil y ébano, á la puerta de la pagoda, esperando que la voz del brahman congregase en torno una multitud de babús y rayahs que, ansiosos de despojar aquellos pobres lotos en honor de la temida trimurti, ofrecieran diez ó doce mil rupias por cabeza.

Estas subastas, que algunas veces adquirirían el carácter de verdaderas lides de amor propio, solían ocasionar á los mantenedores la venta de algunas sartas de perlas, de algunas parejas de elefantes ricamente enjanzados, de algunos millares de plantas ó de algun palacio adornado de dorados verandahs y marmóreas escalinatas.

Se ha dado el caso de encontrarse un viejo rayah, con esclava y sin baño propio donde perfumarla.

Desde la más remota antigüedad se conservan estas extrañas prácticas, y si recorremos la historia de Bactra y Nínive, de Menfis y Aténas, hallaremos no ya vestigios, sino reflejos claros de esta especie de rifa de carne humana en provecho del ídolo y del santuario.

El triste estado de la mujer en Oriente dió origen á estas bárbaras costumbres que se perpetuaron desde los primeros tiempos y pasaron de la India á Grecia con el culto de Vénus, repitiéndose en los santuarios de Chipre y Pafos con la misma frecuencia.

Las hieródulas, que bailaban en el pórtico cubiertas solamente con ligeras gasas, y las sacerdotisas de Isis que se presentaban al neófito en las iniciaciones, dan claro ejemplo de la propagacion de este uso oriental, que alcanzó á los hebreos y que dió acaso á Mahoma la pauta del célebre *Paraiso* en cuyas celestiales florestas habian de ofrecerse al verdadero muslim, los besos de las huríes de ojos de endrina y seno amplio y delicioso.

Difícil empresa sería hallar en el laberinto de la historia el hilo misterioso que une las costumbres á través de las irrupciones de los pueblos y los cruzamientos de castas, y más difícil todavía separar en cada nacion lo que á sus primitivos moradores pertenece, y lo que es exótico ó acomodaticio en determinado lugar y tiempo. Mézclanse la sangre y las tradiciones; modifícanse las castas unas á otras y la comunidad de ideas y de elementos naturales deja apénas una nota presente de la civilización pasada; sin embargo, por esa sola nota se logra inducir á veces la vida íntima de un pueblo, por esa leve estela, suele señalarse en el inacabable mar, el difícil derrotero seguido por esa gigantesca flota que se llama género humano.

Recorred las fiestas de nuestro Calendario, examinad nuestros juegos y nuestras tradiciones orales y os convencereis de esta verdad.

Hace poco he oido un cuento de vieja que me recordó toda la mitología greco-romana; Orfeo despedazado por las bacantes de Beocia, se había convertido en un príncipe encantado que fabricaba con su cítara palacios de cristal, y cuyos miembros arrojados á los cuatro vientos levántaban del fondo del mar coros de ondinas cantoras: Sísifo, vistiendo la pellica del viejo leñador andaluz, subía y bajaba por la sierra de Córdoba cargado eternamente con el haz y el hacha.

Aun se piden cuartos para engalanar á la hija de Flora, en el mes de mayo; y en la época de la siega, suelen encenderse las antorchas que empleaba Cérés para buscar á Proserpina.

III

Las anteriores reflexiones no vienen á señalar una recta derivacion á la costumbre que yo llamo *rifa del beso*, sino sólo á poner de relieve analogías curiosas é interesantes, que como muchas otras que hemos de notar, son dignas de meditacion y estudio.

Los usos orientales conservados en España y principalmente en Andalucía, dieron á nuestras fiestas de la Edad media cierto color caballeresco sólo comparable al que adquirieron las de las demás naciones, despues de las cruzadas y de la vulgarización de las lenguas romances, que sirvieron á los trovadores provenzales.

En los certámenes poéticos y en las *cortes de amor*, se adjudicaban frecuentemente al más galante las flores y las sonrisas de las damas, y los caballeros que peleaban en los torneos, solían recordar que Roxana, la perla de Oriente, fué concedida á Alejandro Magno por haber llegado el primero á las almenas de su castillo.

En las celebradas mañanas de San Juan, puede decirse que se verificaba en torno de los pozos y de las fuentes públicas una especie de feria de mujeres, semejante á la que áun hoy se conserva en Rusia; las jóvenes casaderas, solían llevar sus ofrendas al milagroso santo, repartiéndose despues en provocativos grupos á las puertas del templo.

Esto mismo ocurría en las fiestas griegas y romanas, y nuestras ferias actuales recuerdan las grandes reuniones del monte Soracte en Etruria, en las que, jóvenes de ambos sexos, poblaban las florestas misteriosas dedicadas á la diosa Feronia y se reunían alegremente para llevar flores y frutos á sus divinos santuarios.

En estas grandes solemnidades, los sacerdotes esperaban las ofrendas en el pórtico del templo y las sacerdotisas conducían á los recién llegados hasta el ara del dios.

De las fiestas de Flora, segun Rodrigo Caro, data la costumbre de pedir cuartos para la maya, en el mes de la Cruz, y de nuestras fiestas religiosas de la Edad media, la de las demandas para el culto en la misa ó despues de ella.

Hasta hace algun tiempo, se conservaba en el Norte de España la práctica de extender varios paños para las limosnas en el suelo de la iglesia durante los oficios de difuntos; y en los santuarios antiguos, solía haber un peso colosal colocado á la entrada, en el que, los devotos, *se pesaban á trigo*; esto es, que colocándose el que había de hacer la ofrenda en un platillo y en el otro grandes espuelas, íbanse éstas llenando de grano hasta dejar el peso en cruz. En el monasterio del Valle de Ecija existían, hasta hace poco, dos pilares gigantescos entre los cuales colocaban los frailes jerónimos la balanza sagrada á que nos hemos referido. Los pesos á trigo eran tan frecuentes en aquel rico término, que solían llenarse los graneros del convento sin gran trabajo.

La costumbre de llevar ofrendas á los santuarios ha sido de todos los tiempos y de todos los cultos. Desde el célebre pedestal del promontorio de Léucade hasta los del monte Esquilino, desde los altares de Lourdes hasta los del Carmelo, han recibido ofrendas y ex-votos de los romeros y visitantes.

En los santuarios de España, y sobre todo, en los de Andalucía, las ofrendas solían hacerse con el carácter de subasta que hemos visto indicado en el extremo Oriente, y los mayordomos de las hermandades del siglo pasado, rifaban á las puertas del templo, no ya cuantos donativos piadosos se dedicaban al Patrono en determinadas solemnidades, sino los abrazos de las devotas y las flores que llevaban éstas en la cabeza ó en el seno.

Hace pocos años que los desórdenes habidos con motivo de estas cáusticas subastas, dieron ocasion á que las autoridades tomaran cartas en el asunto.

IV

Hemos llegado al punto en que he de escribir la *rifa del beso*, en Sevilla.

Las hermandades de la Salud, del Amparo, del Rocío, de la Alegría, de la Antigua, y otras cuyos nombres harían interminable este relato, hacían sus rifas, desde tiempo inmemorial, ya en el Baratillo, ya en los Humeros, ya en Triana ó San Bernardo; ya, en fin, en lugares tradicionales y apropiados, á donde acudían los devotos, dispuestos á presenciar alegremente estas luchas de la fe y del amor propio, en las que solían tomar parte activa las más de las veces.

Sobre un altarillo lleno de candeleros, vasos y *tallas*, en las que rebosaban las flores, ó en una mesilla cubierta de blancos paños sobre los cuales, hábiles manos, habian bordado el escudo de la hermandad ó el distintivo de la orden, colocábanse los donativos, que consistían principalmente en primorosas baratijas, ó en frutos del tiempo, que los más piadosos ofrecían y que los demás se disputaban en el acto solemne de la subasta.

A la voz del hermano mayor, unas veces, y otras al són de la campana del santuario agrupábanse en torno de la mesa ó del altar los mozos y mozas del barrio, formando círculos concéntricos ó animados grupos; y, en tanto, el subastador, que frecuentemente era un campanillero ó faraute de la hermandad, dotado de robustos pulmones, subiéndose con gravedad en una silla, anunciaba por tres veces el nombre del objeto que *salía á la puja*, y el punto de partida de la licitacion, en esta ó parecida forma:

—¡En diez reales la manzana de la Vírgen!....

A esta voz preventiva, mirábanse los circunstantes unos á otros; consultaban íntimamente con sus bolsillos, y se empujaban al fin, en un rapto de entusiasmo.



LA CONSAGRACION A LA VIRGEN, copia de un cuadro de M. Schmid

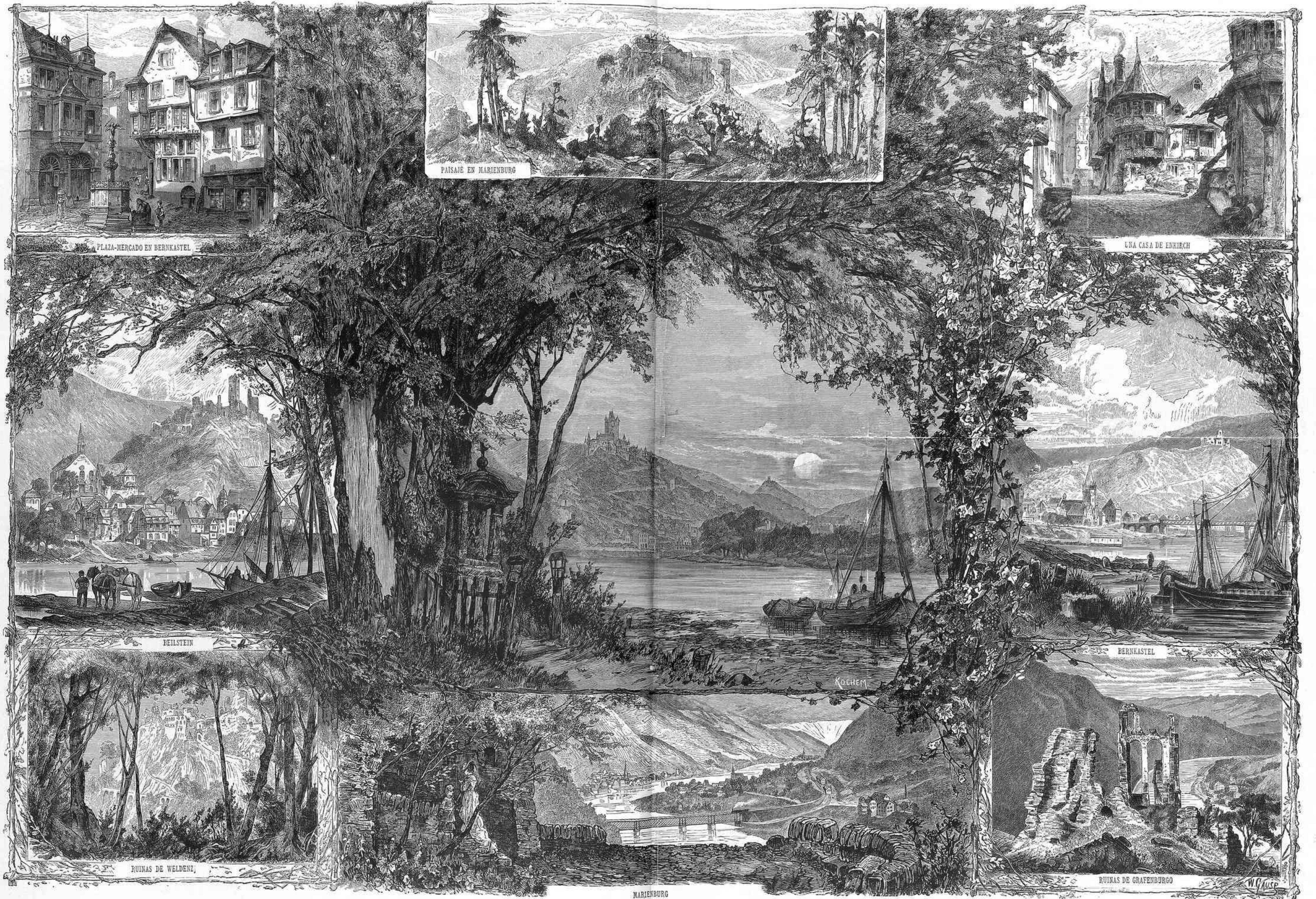
ESTADO DE GUAYAMA

ESTADO DE GUAYAMA

ESTADO DE GUAYAMA

ESTADO DE GUAYAMA

ESTADO DE GUAYAMA



PLAZA-MERCADO EN BERNKASTEL

PAISAJE EN MARIENBURG

UNA CASA DE ENKIRCH

DEILSTEIN

BERNKASTEL

RUINAS DE WELDENZ

MARIENBURG

RUINAS DE GRAFENBURGO

W. GAUSE

ORILLAS DEL MOSELA (DIBUJO DE W. GAUSE)



ESCENA DOMESTICA DE LOS TIEMPOS CLASICOS, copia de un cuadro de Amós Cassioli

Dos ó tres bellas descaban como buenas Evas poseer aquella preciosa fruta y recurrían con el ardor de la reina del Paraíso, á sus Adanes respectivos, que ostentaban bordados marselleses, fajas de grana y punteados botines de cuero; estos majos se miraban unos á otros como gladiadores ó caballeros de la Tabla redonda; y despues de absorber toda la miel de una sonrisa cariñosa ó de bañarse en la luz de una provocativa mirada, lanzábanse con verdadero delirio á la puja, dispuestos á apurar el último ducado, en pro del primer capricho de sus novias ó de sus parejas.

—¡Dos ducados dan por la manzana de la Virgen! decía un macareno llevándose las manos al cinto y mirando con aire triunfante á una flamenca de rostro más suave y encendido que la perfumada fruta que se subastaba.

—¡Más vale!... respondió el faraute de la hermandad haciendo girar la manzana entre sus dedos con agilidad extrema.

—¡Ocho dan!... se apresuraba á decir otro majo, cuya pareja rubia como las candelas, parecía querer atrapar con los ojos la codiciada fruta adornada de cintas de colores.

—Más vale, repetía el subastador con voz seca. De vez en cuando, algunas voces débiles y temblorosas se esforzaban en competir con los de primera fila, ofreciendo pujas insignificantes; pero el subastador que sabía su oficio, alzaba el brazo como San Juan, empuñándose sobre las puntas de los pies, y paseando su triunfadora mirada por encima de aquel mar de acaloradas cabezas, repetía inflexiblemente sin dejar el fruto de la mano:

—¡Más vale, que es limosna para la Santísima Virgen!...

La contrariedad excitaba entónces los ánimos; las miradas ávidas de los curiosos devoraban á los licitadores y los más comprometidos se provocaban unos á otros; por último establecíase de extremo á extremo y de corro á corro el siguiente tiroteo de frases y cifras:

—¡Diez!...

—¡Veinte!...

—¡Treinta!...

—¡La edad de Cristo!...

—¡Doble!...

—¡Doble y dos!...

—Doble y cuatro... Y crecía el tumulto y se adelantaban atropelladamente los postores y se encendían los rostros y las pupilas, y la voz del faraute lo dominaba todo repitiendo con su acompasada y eterna canturía:

—¿Hay quien dé más? ¡que es limosna para este santo templo!

V

Nada más digno del pincel de Goya ó de Fortuny que estos cuadros animados por la fe, el amor y la vanidad, á los cuales servían de términos, por una parte los muros del santuario adornados de lentisco y álamo blanco, y por la otra, las calles del barrio animadas por músicas y cantares y cubiertas de colgaduras y arcos triunfales. Las mozas ostentando sus pañolones de Manila de todos colores; los mozos ciñendo la faja morisca y el apretado botín; las flores brillando, ora ante el altar, ora sobre las peinetas de concha de las majas; todo ese conjunto, en fin, de tonos y de armonías que transforman al pueblo en los días feriados, se derramaba en aquellos animados grupos en los que, las tintas más abigarradas, los cuerpos más esbeltos y los rostros más hechiceros, se reunían en un inmenso haz; semejante á esos manojos de dorado heno y de campánulas rojas y azules, que los chicuelos de la aldea forman para adornar las cruces y los retablos.

Al cabo, un silencio solemne reinaba en el corro y el ingenioso faraute despues de repetir por tres veces la frase sacramental, bajaba de su banco dirigiéndose al último postor y le entregaba la manzana de la Virgen, con el conocido aditamento de buena pro le haga al devoto: era que la subasta había tocado á su término.

El vencedor recibía la presea del combate entre los murmullos, hurras ó maldiciones de la multitud y paseaba la mirada triunfante sobre sus competidores, en tanto que la entregaba sonriendo á su salerosa pareja. Los reproches de los vencidos enardecían los ánimos, y se aguardaba la puja del segundo objeto, que ya tenía el subastador entre las manos para acallar la rechifla de los murmuradores.

De este modo, y siempre con el mismo juego de manos y de palabras desaparecían del altarillo desde la manzana, hasta la peineta de la Virgen (1), es

(1) Frase un tanto ambigua si se tiene en cuenta que la referida prenda profana, se había donado por algún cofrade de la Alcaicería para que la hermandad sacara de ella el conducente provecho.

decir, todos los objetos dedicados á la puja, y áun permanecían los aficionados clavados en su puesto y deseosos de proseguir la contienda. Entónces tenía lugar lo que puede llamarse el *delirium tremens* de la subasta: el hecho original que motiva estas líneas, y que llegó á salpicar de sangre más de una vez los blancos paños del altarillo de las rifas.

Cuando se acababan las azucenas y las manzanas, símbolo acaso, como el limón y el betel de la India, de algo terrenal y pecaminoso; no ya el faraute de la hermandad, sino cualquiera de los asistentes, señalaba la flor que llevaba alguna moza en el prendido y la ponía á subasta dedicándola *velis nolis* á la imagen en cuyo honor se habían rifado los demás objetos. Aquella flor alcanzaba un precio fabuloso si la interesada era hermosa y digna del sacrificio, y el que lograba *rematarla* la recibía con una sonrisa de la jóven que se creía muy honrada con semejante despojo.

De las flores se pasaba á otro orden de concesiones y se subastaban besos y abrazos. No hay que decir que para adjudicarse un beso ó un abrazo debían ingresar en las demandas de la hermandad tantos reales como rupias ofrecen aún por la posesión de una bayadera los rayahs y babús de las pagodas. El favorecido se contentaba galantemente con la concesión, ó los tomaba de hecho, sin que se escandalizaran los espectadores.

Ocurría muchas veces que el beso ó el abrazo subastado había de tomarse en una frente hermosa y provocativa ó en un talle cimbrador y estatuario; entónces solían vaciarse los bolsos de seda, se ofrecían las tumbagas y las cadenas de plata y oro; y trabábase una de esas acaloradas sesiones de las que no dan siquiera idea en la actualidad las de ruleta de Mónaco y Baden-Baden.

Figuraos un avaro á las puertas de las torres de Cresó, un sediento cerca de la peña de Oreb, y un condenado que ha visto el cielo abierto: algo parecido habían de sentir los que tenían cerca de sí una de esas hermosuras espléndidas, meridionales, realzadas por el gracioso traje de medio paso y la airosa mantilla andaluza; con la pupila empapada en luz y los labios húmedos y ardientes al propio tiempo.

Las más de las veces, rostros sombríos y ojos centelleantes devoraban al favorecido y dejaban caer en torno lluvias de rencores y relámpagos de envidias; y cuando no bastaban las alhajas ni las monedas para ganar la amorosa partida, solían acariciarse los *báculos* y traerse á cuento las navajas.

Cuéntase que cierto día de rifa, una hermosa hija de Triana que se hallaba en el corro presenciando la subasta, cerca de su *adorado tormento*, fué invitada á rifar un beso de sus labios de guinda, en honor de la *Divina Pastora de Capuchinos*, á cuya pretension accedió de buen grado.

El faraute de la hermandad ahuecó la voz como si se tratara de llevar la noticia á los cuatro puntos cardinales del globo, y la multitud, apiñada en torno, prorumpió en atronadores aplausos.

Aquel beso era un beso de verdad; un ósculo de reina; un presente digno de los dioses, como hubiera dicho un sacerdote de Astarté ó de Vénus Calípiga.

Los pujadores fueron infinitos: el beso se justificó en diez ducados y subió á noventa á los pocos minutos.

Era un verdadero pugilato en el que se disputaban la presa los rayahs y babús de Triana, la Macarena y San Bernardo.

De repente, un majo de gallarda postura y de sedosas patillas negras, rompió la masa de curiosos que le separaba de la jóven y sacando un largo bolsillo lleno de monedas de oro, dijo casi en las orejas del pregonero que se quedó estupefacto:

—¡Diez y ocho onzas por el beso á la Virgen!...

Los postores se miraron asombrados; la interesada se puso roja como si se hubieran abierto amapolas en sus mejillas, y el jóven que estaba cerca de ella palideció tanto, que se hubiera dicho que eran el nardo y el clavel, la aurora y la tarde, la nieve y el fuego.

—El Barbí!... exclamaron algunos de los circunstantes, con cierto respeto, mientras el voceador decía con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡En diez y ocho onzas! ¿Hay quien dé más, que es limosna para la Pastora Divina!

Todos enmudecieron, la niña bajó avergonzada los párpados, tras los que se ocultaron dos soles, y las demás mozas se crisparon de envidia; sólo el jóven pálido saliendo al paso á su competidor, y arrojando sobre el altarillo un puñado de monedas de varios tamaños con una pesada cadena de oro, rompió aquella larga pausa, diciendo con reconcentrada ira y expresión indefinible:

—¡Doble y cuatro, y esta cadena!...

La expectación llegó á su colmo; los fastos de

la puja no hacían memoria de tan reñida batalla; parecía que un gnomo de la montaña derramaba con sus invisibles manos tesoros sin fin en los bolsillos de ambos contendientes. Al parecer el majo de las negras patillas estaba vencido: treinta y seis onzas y una cadena, eran suficientes para alcanzar la anhelada presea.

En efecto, también palidecía el majo apuesto y pretencioso.

Preparábase ya el faraute á pronunciar la palabra fatal, cuando la mano del apellidado *el Barbí* le cerró los labios bruscamente. Se había quitado de la pechera un magnífico alfiler de brillantes, y de su dedo índice una sortija que valía un Perú,—como se decía en aquel tiempo:—los rayos del sol poniente reflejando en aquellas anchas facetas, parecían centuplicarse como en un poderoso refractor y derramaban un océano de luces sobre aquella escena interesante.

No había que esperar la voz del faraute; aquellas piedras preciosas hablaban más alto que un cuerpo de trompetería egipcia; el corro se abrió como una ola para dejar paso al majo, que iba á alcanzar, al cabo, el suspirado premio.

Pero entónces ocurrió una cosa extraña.

El jóven pálido, *adorado tormento* de la niña, tendió las trémulas manos á sus amigos del corro con el ansia de un pordiosero que no ha encontrado aún la primera limosna del día; deshizo entre sus dedos huesosos el bolsillo de malla de seda, en el cual no había un solo peso; alzó los brazos al cielo, como si pidiera á la Virgen alguna milagrosa lluvia de oro, y viendo que sus amigos permanecían mudos, que el bolsillo caía á sus plantas sin levantar el menor eco, y que el cielo sólo derramaba sobre su frente el último rayo del sol que caminaba al ocaso; sacó la navaja, se interpuso con la agilidad de un gato montés entre el afortunado postor y la asombrada doncella; y no ya pálido, sino lívido, como una figura de cera, dijo á su rival, en tanto que huía la gente y se desmayaba la causa inocente de aquel pasaje sangriento:

—¡Veamos quién tiene más corazón y más fierro!

Inmenso barullo se produjo en el círculo mientras relucían las navajas; pero los rivales no dijeron una palabra más. Sólo se oyó, sólo se vió un *¡toma!* y un *¡ay!* un hierro teñido en sangre y un cuerpo que daba pesadamente en tierra.

El majo de los brillantes había sido vencido en la puja del corazón y del acero.

VI

Tales eran los episodios que solían presenciarse en aquellas rifas originales, en las que había sin duda, algo del brahman, de la hieródula, del árabe y del cruzado. En nuestro siglo, las rifas del Asilo y la Lotería Nacional no encienden la sangre aunque suelen vaciar los bolsillos.

BENITO MAS Y PRAT

EL HACENDADO Y EL PERRO

Apénas había el rubicundo Apolo tendido sobre la haz de la tierra las doradas hebras de sus dorados cabellos, y apénas los pequeños y pintados pajarrillos con sus arpadadas lenguas comenzaron á saludar la venida de la aurora, que asomaba por los balcones de Oriente, cuando el buen hacendado con ribetes de hidalgo, D. Ceferino Molañas, salió de un pueblo cuyo nombre no sé, para volver á su ciudad natal que áun no he podido averiguar cuál era.

Cabalgaba el madrugador caminante en un rocín flacucho al que los años habían transformado de tordo oscuro en claro, pero que, no obstante su edad provecta, marchaba bien al paso castellano; llevaba pendiente de su aparejo redondo una escopeta, no muy segura, pero que al dispararse hacia ruido, é iba acompañado por su perro *Sultan*, pacho perdido, de pelo de ese color que en los caballos se llama castaño y en los toros retinto, de orejas elefantinas y de dos narices ó mejor dicho, de una *partida por gala en dos* como el rubí de una oriental de Zorrilla.

D. Ceferino, célibe pertinaz y sin familia allegada, no sentía más que dos afecciones. Inspirábase una un boticario, vecino suyo, que le leía los periódicos de Madrid, y la otra el susodicho perro; y he puesto en primer lugar al farmacéutico, por respeto á la especie humana; porque en honor de la verdad, en el cariño de D. Ceferino era ántes el animal que el hombre.

Cierto es que *Sultan* se lo merecía, pues además de que se hubiera dejado hacer pedazos por su amo, era inteligente, poco ladrador, nada goloso, vigilante, y en fin, estaba dotado de todas las cualidades que la Historia Natural atribuye á la raza canina.

El buen hacendado, pues, era un hombre dichoso. Estaba aún en la edad media, gozaba de salud y de apetito, con recursos para satisfacerle, no tenía disgustos de familia, y sí las modestas expansiones adecuadas á su carácter: no es de extrañar, por consiguiente, que en aquella mañana apacible y casi calurosa de marzo caminara con aire satisfecho viéndolo todo de color de rosa. Hasta el motivo de su viaje era halagüeño; había ido al pueblo á cobrar dos mil trescientos reales y catorce céntimos que le debía un terrateniente suyo, y regresaba á la ciudad en donde residía, con la susodicha cantidad guardada en uno de los receptáculos de sus alforjas.

Caminado había ya tres leguas y pico, faltándole otras dos escasas para terminar su viaje, cuando en las profundidades de su estómago sintió una comezon harto conocida y que él siempre achacaba á la necesidad de tomar algun alimento.

Miró hácia todas partes para elegir sitio á propósito, pues el hacendado era un sibarita campestre, y á la izquierda del camino vió uno que ni de perlas. Era una praderita en la que despuntaban las primeras margaritas, y en la que descollaba un olmo solitario. No había agua próxima, pero D. Ceferino tenía sus razones para no fijarse en este inconveniente. Echó pié á tierra, ató el rocín al árbol, descolgó las alforjas, que puso en el suelo, apoyándolas en las raíces del nudoso tronco, y sacó de una de ellas un pan bajo relleno de una tortilla de jamon, un gran pedazo de queso, y una bota de regulares dimensiones, casi llena de vino de Arganda.

El árbol no daba suficiente sombra, pero la providencia se encargó quizá de contribuir á la comodidad de D. Ceferino, haciendo que el sol se velara tras un denso nublado. Sentóse pues en el suelo, sobre la verde yerba, abrió una navajita de Albacete, en cuya hoja se leía con letras afligranadas, aunque toscamente diseñadas, *Petrus me fecit*, bien así como en las finas corazas de Milan suele hallarse la inscripcion de *Benvenutus Cellinus cincelavit*, y comenzó á refrigerarse con una beatitud propia de su tranquila conciencia

¡Tendidos campos, salutíferas brisas, higiénico ejercicio, vosotros suplís con ventajas á los variados condimentos y extravagantes nombres consignados en el *menú* de los cortesanos banquetes, en los que se necesita intérprete para hacer la digestion! Seguramente, Lúculo, el romano y famoso gastrónomo que se gastó sesenta millones de sestercios en lampreas y murenas de Bayas y en ensaladas de colibríes de la India Oriental, nunca gozó lo que D. Ceferino comiendo la clásica tortilla y el nacional queso de Villalon.

Excusado es decir que *Sultan*, el cariñoso y querido perro, participó de aquel sabroso desayuno.

Cuando hubo terminado y mientras el buen hacendado daba el último tiento á la bota, mirando al cielo, como es de rigor, vió que éste estaba enteramente nublado y sintió que algunas gotas de lluvia le mojaban la cara. En consecuencia, recogió sus bártulos con cierto apresuramiento, pues temia ser sorprendido por uno de esos chubascos tan frecuentes á la entrada de la primavera, y montando en su cabalgadura, prosiguió su camino.

Sultan, momentos ántes, habiendo visto á lo lé-

jos un individuo de su especie, fué á saludarle y olerle, segun costumbre entre tan corteses y curiosos animales.

Un buen trozo de ruta había traspuesto ya D. Ceferino, que comenzaba á extrañarse de la ausencia de su perro, cuando vióle venir corriendo y ladrando desafortadamente.—¡Pobre animal!—pensó el hacendado,—no puede vivir sin mí: ¿cómo no quererle si parece mi sombra?

Sultan llegó junto al caballo; su amo le llamó frotando los dedos índice y grueso, para acariciarle, mas el perro no hizo caso y mirando á aquel de un modo singular, prosiguió en sus estrepitosos ladridos.

—¿Qué diablos tendrá?—se dijo D. Ceferino espoleando al jaco, porque la lluvia aumentaba.

Nunca lo hubiera hecho: *Sultan* pareció exasperarse con el apresuramiento de su amo; sus ojos soltaban chispas y sus ladridos eran roncós y recon-

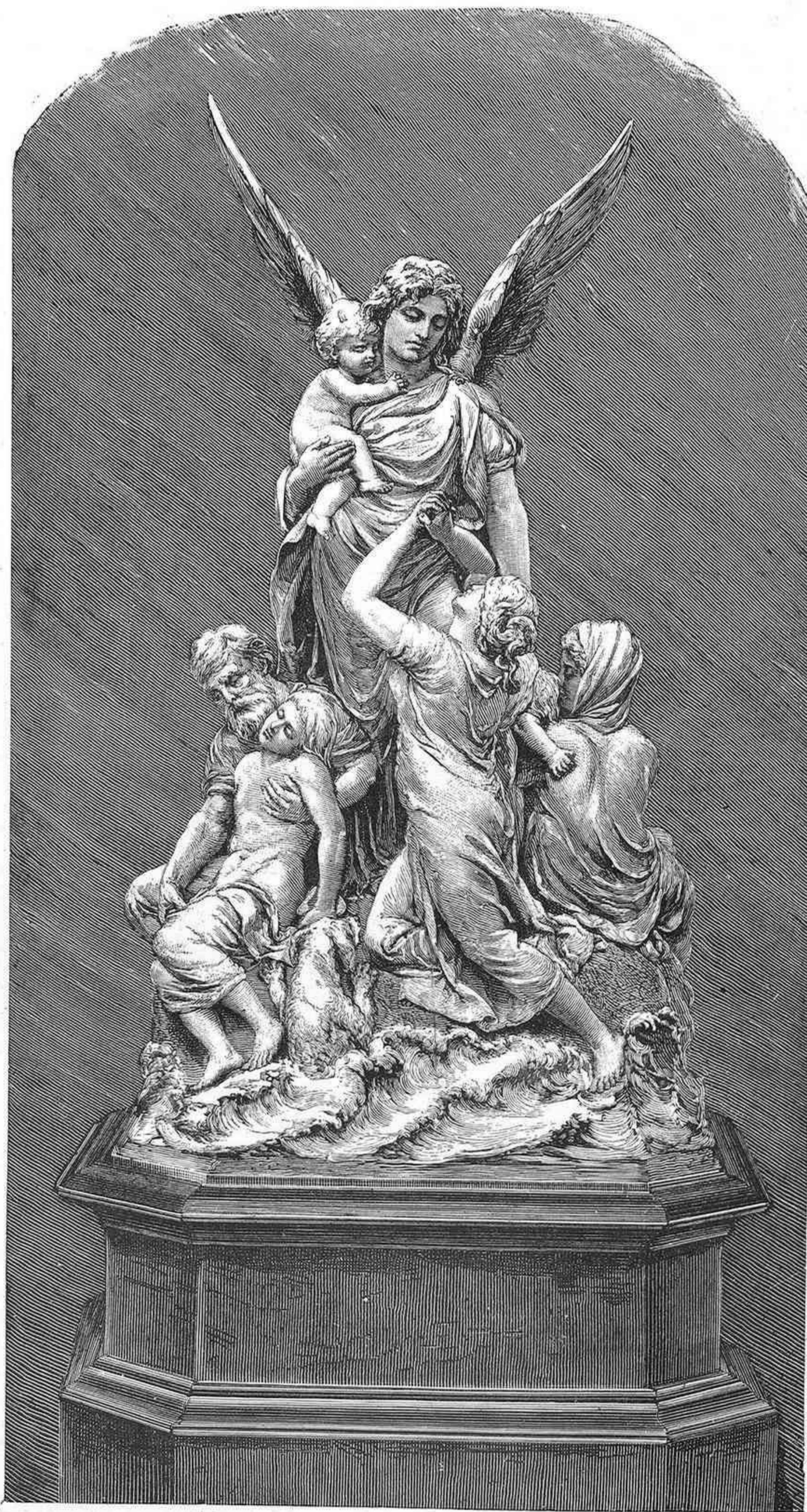
te; todo lo comprendía. *Sultan*, alumiado de hidrófobo, el inteligente animal, con aquellos ladridos y aspavientos advertía á su amo su descuido y torpeza.

D. Ceferino, saltándosele las lágrimas de emocion y de inquietud por los dos mil trescientos reales y catorce céntimos guardados en la alforja, desanduvo el camino, traspuso una curva que éste hacia, distinguió la pradera y el árbol solitario junto al que se diseñaban dos bultos, aproximóse y vió....

¡Gran Dios! ¿Qué vió D. Ceferino? Vió las alforjas en el sitio en que las había dejado, y al lado á *Sultan* inmóvil y tendido sobre un charco de sangre....

El hacendado está demente en un manicomio de Toledo. Su locura es pacífica; consiste en andar en cuatro piés dos horas cada día, llevando unas alforjas sobre la espalda y dando aullidos que quieren parecerse á los de un perro lastimado.

FÉLIX REY



EL ANGEL DE LOS NAUFRAGOS, por Carlos Sterrer

El hacendado comenzó á inquietarse. Nunca había visto á su perro en aquel estado; á su perro de ordinario tan manso, tan tranquilo y tan silencioso; y ¡cuál fué su asombro cuando *Sultan*, poniéndose delante del caballo, empezó á saltar como queriendo morderle en la cabeza!

Aquello era extra-natural. D. Ceferino sintió miedo, porque la idea de la hidrofobia surgió en su imaginacion.

¿Su perro hidrófobo? ¡Horror!....

En un minuto surcaron mil ideas su cerebro.—Sí,—se decía el atribulado D. Ceferino,—la agitacion del camino, el calor, la falta de agua.... Yo debía haberle dado vino....—y luego recordó con espanto la terrible muerte de un zapatero de su calle, mordido por un perro rabioso, las convulsiones que él mismo había presenciado, el rechinar de dientes, la baba espumosa y sanguinolenta....

El hacendado se estremecía.

En esto, *Sultan*, dejando la cabeza del rocín, dió un salto de costado, como para abalanzarse á una de las piernas de su amo. A D. Ceferino se le crizó el cabello, sintió un escalofrío, desasió con trémula mano la escopeta que pendía del arzon de la montura y apuntó á su perro.

¡Fatalidad! aquella arma que fallaba tantas veces, se disparó con atronador estruendo; oyóse un ladrido lastimero, y el pobre *Sultan*, cojeando y tan corriendo como su estado lo permitía, se alejó por el camino ya andado dando alaridos que partían el corazon.

¿Qué sintió entonces el del hacendado? Imposible sería expresarlo. Detuvo al jamelgo, y siguiendo con dolorida mirada al fugitivo can, inclinó la cabeza sobre el pecho. ¡Había herido, quizá muerto á su perro, al compañero de su vida, á la alegría y seguridad de su hogar, al arquetipo del cariño y de la lealtad!

En medio de su desesperacion D. Ceferino sintió en sus labios y en su estómago la sequedad del miedo, y quiso sacar la bota de las alforjas, pero ¡oh sorpresa! éstas no colgaban del aparejo: indudablemente habíalas dejado olvidadas en el sitio en que se entregó á su sabroso y malhadado desayuno.

Esto fué una revelacion, un rayo de luz. El hacendado exhaló un grito de asombro y se dió una palmada en la frente;

NOTICIAS GEOGRAFICAS

A las noticias estadísticas sobre los Estados Unidos, publicadas en uno de nuestros números anteriores, podemos añadir hoy las siguientes:

Calcúlase que durante el año económico terminado en 30 de junio último, la población ha tenido un aumento de 800,000 habitantes, gracias á la inmigración, aumento que llega á 1.470,000 desde el censo de 1880. Durante el último decenio la inmigración ha aumentado en 2 812,190 el número de almas de la Union, de suerte que hoy por hoy puede asegurarse que la gran República está habitada por 53.800,000 personas.

Segun el último censo, el número de casas de labranza en dicho país ha duplicado casi en diez años, pues habiendo 2.660,000 en 1870, había 4 millones en 1880, notándose mayor aumento en los Estados del Sur, del Noroeste y del litoral del Pacífico que en los demás.

La expedición austriaca, encargada de hacer observaciones meteorológicas en las regiones polares árticas, no ha podido desembarcar en la isla de Juan Mayen por impedirse los hielos. En su consecuencia, el *Pola* ha tenido que volver á Tromsøe, de donde debía salir de nuevo después de descansar catorce días con objeto de hacer otra tentativa para desembarcar en el punto determinado.

La expedición danesa encargada de hacer las mismas observaciones en aquellas elevadas latitudes, ha salido de Copenhague el 18 de julio último, á bordo del buque *Nimpha*; siendo despedidos los audaces navegantes por una numerosa muchedumbre.

El teniente Hogvaard, que manda la expedición, cuenta regresar dentro de diez y seis meses.

Otra expedición se organiza en los Estados Unidos para explorar el norte del territorio de Alaska, ó sea de la antigua América rusa.

Con este motivo, un diario de Nueva-York, después de hacer observar que las numerosas islas inmediatas á dicho territorio tienen un clima relativamente templado, radas muy cómodas, pesquerías inagotables, carbon de piedra en abundancia, y probablemente también ricas minas de cobre, plomo, plata y oro, terrenos á propósito

para el cultivo de legumbres y hortalizas y grandes bosques, en los que crecen árboles de toda clase, especialmente el cedro que se ha empezado á explotar y que se vende en Sitka á 150 duros los 1000 piés, se manifiesta sorprendido por que aún no haya salido gente de Nueva Inglaterra ó de otros Estados á colonizar el territorio de Alaska, y sobre todo, personas de la clase de pescadores

ó calafates. Verdad es que el Congreso de la Union no ha establecido todavía allí un gobierno territorial; mas tan luego como el espíritu de empresa individual se haya abierto paso en aquel país, se conocerá que la península de Alaska es una posesión de mucha valía.

NOTICIAS VARIAS

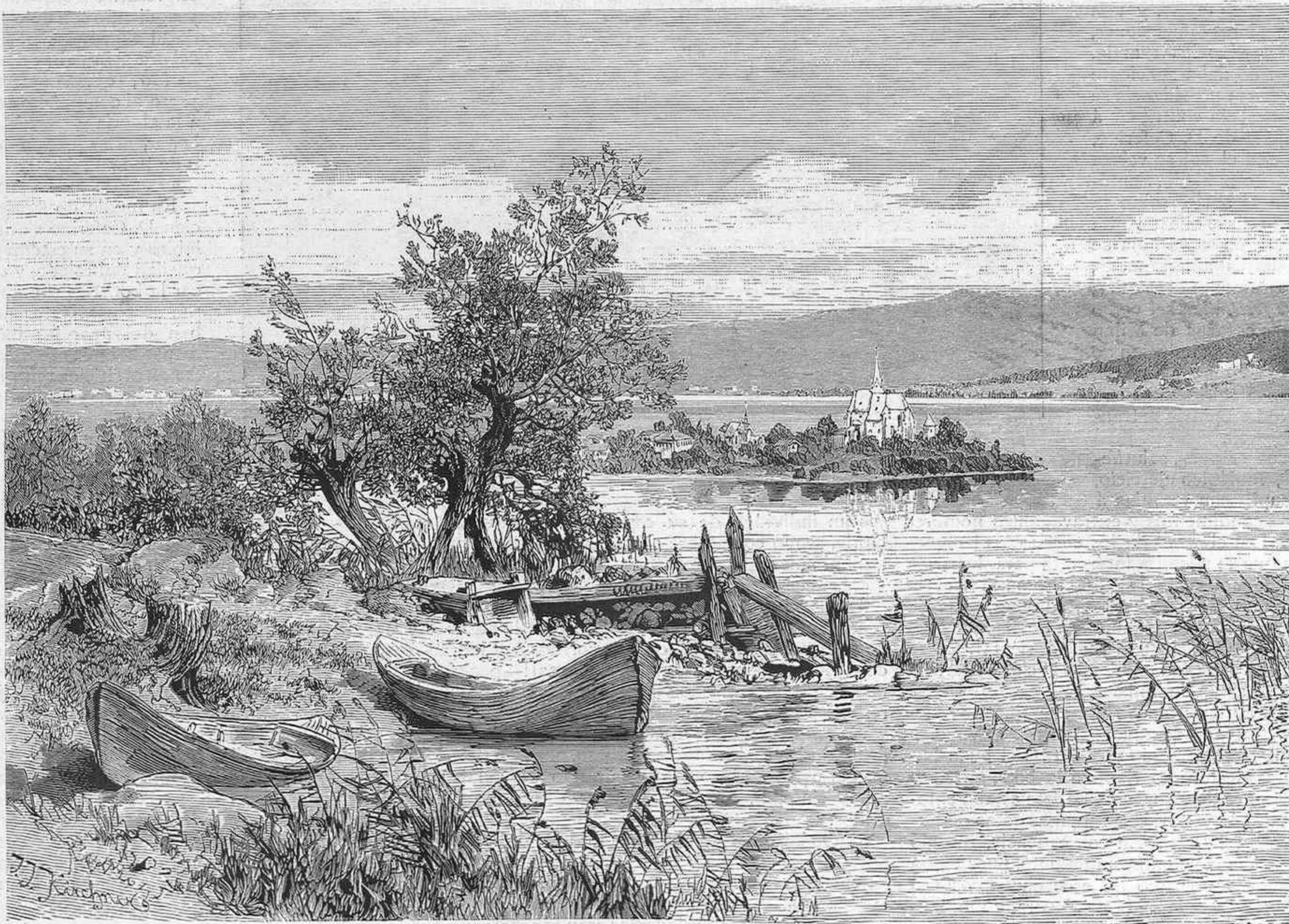
El *Scientific American* publica un método muy original para reproducir artificialmente una superficie con todos los accidentes y escabrosidades que se ven en la de la Luna, asegurando el editor de dicho periódico que hace muchos años viene practicando aquel método, que le ha dado siempre buenos resultados. Vean nuestros lectores en qué consiste:

Se engrasa ligeramente un plato sopero con aceite ó tocino, y con una cuchara se extiende por su superficie, pero con irregularidad, es decir, con espesores variables, citrato de magnesia granulado. En seguida se pone en una cazuela el agua que se calcule suficiente para llenar el plato, y en esta agua se echa una cantidad, igual á los dos tercios de su volúmen, de yeso de París muy fino y recién fabricado, cuidando de verter el agua sobrante. Se remueve el líquido enyesado dos ó tres veces con una cuchara, para mezclar irregularmente la pasta, y en seguida se echa esta pasta en el plato que contiene el citrato de magnesia.

El agua mezclada con el yeso produce al punto un desprendimiento abundante de ácido carbónico que formará burbujas de diferentes dimensiones y grupos irregulares; el yeso se adhiere luego al fondo del plato; el desprendimiento gaseoso da lugar á depresiones ú hondonadas que parecen cráteres, resultando de todo esto una superficie que ofrece una sorprendente semejanza con la de la luna. Sacando una fotografía de esta superficie con una luz de gran fuerza, la semejanza es tan perfecta, que engaña hasta á los astrónomos de profesión más prácticos.



DELICIAS MATERNAS, grupo en mármol por Ambrosio Borghi



ORILLAS DEL LAGO WORTHER, (paisaje) por J. J. Kirchner

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON